

conciliacion cuyo programa revelaba de una manera terminante que no habia sido leal la reconciliacion anterior. En apariencia entraron en relaciones amistosas con D. Santiago Méndez, enviándole para el efecto tres comisionados cuando no solo los pueblos del Distrito, sino algunos otros de la lejana comarca de Peto secundaban la rebelion. En apariencia, en fin, protestaban la lealtad de sus procedimientos al hacer regresar á los comisionados con quienes precisamente por aquel motivo no se habia querido tratar, cuando en los momentos que salian para Campeche por segunda vez, destacaban una fuerza con direccion á Ticul, con el objeto de hacer que aquellos pueblos secundáran la revolucion. De suerte que si á todo esto agrega el lector la firme resolucion de los contrarios en no ceder, resolucion que no pudo demostrar con frases mas enérgicas D. Santiago Méndez, cuando dijo en su proclama, "Yucatecos la salvacion del orden, de la paz y de la tranquilidad de la sociedad, queda desde hoy depositada á mi confianza, y ella será undida, oídlo bien en su misma ruina, ántes que permitir el trastorno de tan preciosas garantías," se habrá formado una cabal idea de la situacion que por entónces atravezaba Yucatan.

Y mientras esto sucedia, mientras iban y volvian comisionados á Campeche, mientras se hacian recíprocas promesas de amor al país, mientras se trataba de paz entre los unos y los otros, ésto no queria decir que permanecieran ociosos nuestros Guardias Nacionales, pues al mismo tiempo que todo ésto tenia lugar, batíanse D. Angel Rosado y D. Miguel Bolio en Oitnup y Kancabchen, en uno de cuyos lugares cavan los mismos prisioneros sus sepulcros, no contentos sus verdugos con asesinarlos, sino con hacerles sufrir tambien aquella bárbara crueldad.

Mientras tambien, los indios caen súbitamente sobre Tixcacalcupul, en donde asesinan á sus vecinos, profanan el templo, acaban con su anciano cura párroco, y llenan de consternacion y espanto á la sociedad. ¿Se habrá acabado con esto la discordia? Al contrario, es esta una oportunidad que apro-

vechan los pronunciados para poner en práctica sus planes estratégicos. Entónces es cuando el caudillo de la rebelion pronuncia sin saberlo, el fallo que habia de pronunciar la posteridad contra él. Entónces es cuando aparentando marchar en auxilio del Oriente, dice públicamente por medio de aquella su proclama. "Los pueblos de aquel Distrito y la misma cabezera, se encuentran amenazados por el implacable enemigo que se há obsecado contra ellos: el Comandante militar de dicho punto se halla con escasas tropas para defenderlos, y yo corro al Oriente, yucatecos, yo corro á disfrutar del placer de salvar á nuestros hermanos los habitantes de aquel Distrito, y á castigar el furor criminal de los enemigos del Estado, porque me creeria indigno del nombre de yucateco si cuando tengo á mis órdenes una division tan numerosa, tan disciplinada, tan entusiasta por la patria, tan brillante en todos conceptos, no contribuyera con ella á llenar el primer deber del soldado yucateco en las presentes circunstancias."

De esta manera, no habiendo marchado á los pueblos del Oriente, con el objeto de auxiliarlos, sino con el fin exclusivo de batir á Valladolid, no solo cuando los indios habian acabado con Tixcacalcupul, sino con toda la comarca de Tihosuco, y marchaban victoriosos, rumbo á Peto, el mismo nos ha librado de dedecirlo, se hizo reo de las frases estampadas en su proclama.

No es justo, sin embargo, fijarnos solo en él. De una manera oculta un personaje dirigía la política revolucionaria, unas veces encubriendo su papel con proclamas en que hablaba como presidente del poder ejecutivo, de la union y reconciliacion del país, otras enviando comisionados para detener en Izamal á los pronunciados, mientras que otras ocasiones, cuando juzga que ha disimulado lo suficiente, desesperado porque una fuerza numerosa sigue la retaguardia de sus parciales que marchan á Valladolid, se emboza en su capa, como ha sabido embozarse en su política reconciliadora. y sale de su casa á las doce de la noche, con el objeto de persuadir á un oficial, partidario suyo, á que se ponga al frente de una

sublevacion que quiere hacer en la Capital. Fácil será al lector el comprender que hablamos aquí de Barbachano, jefe del partido que luchaba desesperadamente por hacerse del poder, así como fácil tambien le será colegir que lo que con eso pretendia, era llamar la atencion de los que perseguian á Cetina en su retaguardia, y no lo fuesen á envolver como era de esperar. Pues bien, en vista de todo esto fácil igualmente le será al lector, el deducir por consecuencia lógica que Barbachano, como Cetina se hizo indigno del nombre de yucateco, porque por primera vez, uno y otro, hacían que se derramára con abundancia la sangre de sus hermanos en el combate de 17 de Noviembre, (1) sin tener presente que cuando eso sucedía, nuestras mas ricas poblaciones sucumbían en manos de los bárbaros, cuya tea incendiaria iluminaba el campo de la discordia, en donde aquellos vieron con sarcástica carcajada, de que manera destrozaban los elementos con que pudo salvarse á Yucatan.

Pero si al ménos, despues de todo lo que hubo en Valladolid los partidarios de Barbachano, al contemplar el cuadro desolador que presentaba el país, hubieran reflexionado seriamente, viendo los males que acababan de ocasionar, y se hubieran apresurado como hombres racionales á volver al seno de la patria, con el objeto de cicatrizar las hondas heridas que le habian abierto; al ménos con ese paso, aunque hubiese sido ya bien tarde, hubieran atenuado el juicio severo de la posteridad. ¿Mas como la posteridad podrá tratarlos con indulgencia, respecto de los hechos con que precipitaron los acontecimientos de la guerra social, cuando sepa que incendiado Tixcacalcupul, perdida toda la comprehension de Tihosuco, perdido Sabán, perdido Sacalaca, reducido á cenizas Chikinonot, y amenazado el partido interesante de Peto, todavía marcha Cetina con los restos dispersos de su division

(1) Al decir que era la primera vez que con abundancia hacían que se derramára la sangre yucateca en el combate dado en Valladolid, no queremos dar á entender que aquella era la primera guerra civil, sino, la primera vez que la discordia sacrificaba mas víctimas en el campo de batalla.

á Tizimin, en donde léjos de ceder, dice á D. Eulogio Rosado en aquella soberbia intimacion que le dirigió, que de no entregarle la persona del Teniente Coronel Heredia, lo haría responsable de la guerra de exterminio que todos habían jurado hacer en venganza de las víctimas que suponía alevosamente sacrificadas en Valladolid? ¿Podrá disculparlos la posteridad cuando viendo por sus propios ojos los horrores de la guerra social, en la cual el anciano, el niño, la vírgen, todos perecen, ninguno alcanza compasion, y sin embargo de esto, forman alianza con Jacinto Pat, porque segun lo dijeron al pronunciarse en la Ciudadela el 6 de Octubre, ya no son los indios sublevados, los crueles antropófagos de la raza blanca, sino solo ciudadanos que proclaman el orden establecido ántes del pronunciamiento de 8 de Diciembre de 1846? ¿Podrán librarse del anatema de las generaciones venideras? cuando aquellas sepan que despues de haber sucumbido Ichmul, despues de haber perdido Peto casi toda su circunferencia, despues de haber sido destrozada una gran parte del partido de Yaxcabá y Sotuta, y estar amenazado Valladolid que había visto arder tambien sus alrededores, todavía insisten en que los indios son sus mas generosos aliados en la política, con cuyo motivo ponen los medios de facilitarles la entrada en Yaxcabá, al mismo tiempo que procuran la desocupacion vergonzosa de Peto? No, mil veces no.

Por eso hemos creído firmemente que si los dos partidos políticos á que nos hemos estado refiriendo, fueron recíprocamente responsables de los acontecimientos que precipitaron la guerra social, hasta el grado de regalar la patria de una manera humillante al extranjero, uno de ellos á no dudarlo fué mas culpable. Porque en efecto, si D. Santiago Méndez, de grado ó por fuerza, representó los intereses de su ciudad natal desde 1840, hasta 1846, en que cometió la falta de caballerosidad de proclamar la neutralidad con desdoro y mengua del Estado, y no solo con desdoro y mengua del Estado, sino á costa de grandes calamidades como lo fueron los asesinatos cometidos el 15 de Enero en Valladolid, la verdad histórica

exige se le haga cumplida justicia, desde Octubre de 1847 que se hizo cargo del Gobierno, hasta Marzo de 1848, que tuvo por conveniente entregárselo á su rival, por mas que se diga que esto lo hizo por no haberse podido sobreponer á la situacion. Esto solo probaría, caso de ser cierto el que no hubiese podido vencer á sus adversarios, que no tiene capacidad política; pero no que no tiene corazon, y sobre todo, las virtudes necesarias á un hombre público. Y tampoco es cierto que no hubiese podido sobreponerse á sus adversarios, porque debe recordarse la facilidad con que acabó con el pronunciamiento de 28 de Febrero, la rapidéz con que fué derrotado Cetina en Sucilá, la victoria que obtuvieron D. Angel Rosado y D. Miguel Bolio en Oitrup y Kankabchen, la dispersion sufrida por el Comandante Rios, en Oitás, la segunda derrota de Cetina en Valladolid, la prodigiosa actividad con que movia sus tropas de un extremo, al otro del Estado, de tal manera que casi á un mismo tiempo eran atendidos así los lugares amenazados por los indios, como aquellos que lo estaban por los pronunciados. De suerte que si por no haber podido sobreponerse á la situacion, se quiere entender el hecho de haber resignado el Gobierno en su rival, cuando éste en medio de su desesperacion apeló al recurso extremo de ponerse en combinacion con los sublevados, otra prueba evidente de lo difícil que le era vencer á su antagonista, esto léjos de ceder en desdoro suyo, mucho dice por el contrario en su favor.

El hombre público, el verdadero hombre público, se entiende, que no hablamos aquí de los aspirantes vulgares, ó de los que solo ambicionan el poder, por mero lujo ú ostentacion, no se pertenecen á ellos mismos, sino á la sociedad: no ven en el Gobierno un alto puesto en que debe rendírseles adoracion, y considerarse sagrada su persona, como algunos han llegado á suponer, no tan pronto la fortuna los halaga, sino un puesto en que Dios y la sociedad los han colocado para servir á sus semejantes con rectitud de corazon. ¿Será justo que un gobernante diga, así lo cubriese con su sombra el principio de autoridad, que fuera de ese caso, seria

doblemente criminal, "yo no queria el Gobierno; pero ahora ofendido mi amor propio lo voy á disputar á muerte," y que por el amor propio del gran señor, es decir, solo por salvar su orgullo, solo por dejar bien puesta su soberbia, bajen al sepulcro hombres mas útiles que él, porque hombres mas útiles son sin duda, los que enriquecen á la patria con su trabajo? No, vive Dios que no, que los que así se explican solo tienen de hombres públicos el nombre: el hombre público, sobre tener un límite en el sostenimiento de su autoridad, que no debe extenderse hasta el caso de estar inmediatamente interesada su persona, debe considerarse nada en comparacion de los intereses que representa: siempre debe considerar primero á la sociedad, nunca él debe considerarse primero que aquella: el hijo del hombre no vino para ser servido sino para servir y dar testimonio de la verdad, decia Jesucristo á sus discípulos, convirtiendo en un deber y no en placer el cuidado de dirigir á los demas.

Razon es esta, por que cuando vemos á D. Santiago Méndez, desde Octubre de 1847, hasta Marzo del año siguiente, no esforzarse contra sus adversarios para nulificarlos, no valerse de los recursos del poder para consolidar su administracion, sino hacer todo lo posible, aceptar toda clase de sacrificios por establecer la union y reconciliacion entre los yucatecos; cuando vemos que él mismo convoca á la Legislatura y hace iniciativa para que se dé un decreto de amnistía en favor de los revolucionarios; cuando recordamos el haber mandado entregar á sus enemigos, los primeros destinos en el partido de Peto, únicamente porque así conviene á la conservacion del órden; cuando consideramos que, pudiendo batir en brecha á sus adversarios, despues de las pérfidas intrigas con que entregaron á los indios aquella rica comarca, léjos de eso viene á la Capital, y expide aquella su proclama en que pateticamente dijo. "¿Cómo puede ser bizarros compatriotas, que los que tuvieron la gloria de vencer á unos soldados valientes organizados y aguerridos, teman ahora á unas masas estúpidas y desordenadas?—Yucatecos; el poder de la inteligencia

es soberano; hagamos uso de él con valor y con civismo, y entonando un himno á la concordia resuene por todos los ángulos del Estado el grito de guerra contra los bárbaros"— Cuando recordamos en fin, que por la circunstancia de que los indios piden á Barbachano para tratar con él, lo manda á tratar con ellos, confiéndole amplias facultades para el efecto, y por último, le entrega la situacion porque há sabido igualmente que lo proclaman para ponerse al frente de ella, verificando este acto con una grandeza de alma nunca vista, no podemos ménos, como hemos dicho que hacerle cumplida justicia. ¿Qué hombre público, decid los que sabeis hasta donde alcanza la soberbia humana, mucho mas, cuando ésta há sido proycada, se explica respectó de su rival como lo hizo Don Santiago Méndez, prodigando elogios á Barbachano, cuando para ello ahogaba en su pecho, todo aquello, que lo hubiera podido justificar ante sus conciudadanos? ¿Qué hombre público con riesgo de pasar á la posteridad con la nota de inepto y cobarde, y solo porque así conviene á los intereses de la patria, confiesa que han sido inútiles, ineficaces sus esfuerzos, vanas todas sus diligencias por salvar al país, y luego termina con aquellas notables palabras. "No concluiré este breve manifiesto, sin recomendar como es debido, á la gratitud y consideracion del pueblo yucateco, el grande, el generoso servicio que presta el Sr. Barbachano al encargarse del Gobierno? "¿Qué hombre público, no contento con explicarse de este modo, hubiera agregado á continuacion estos otros pensamientos. "Solo una lealtad, un noble desprendimiento, y un civismo á toda prueba, pueden haberlo decidido á ello; y yo que conozco el enorme peso de la carga, la amargura del destino y lo comprometido de su posicion, soy el primero en tributarle por ello, los mas justos elogios."

Creemos no equivocarnos con asegurar que despues de él, pocos, muy pocos, ó acaso ninguno ha sabido sacrificar en aras de la patria su reputacion por salvar al país, y eso que lo hacia en medio de la desesperacion de sus partidarios que vivamente se lo reprobaban. Porque esa es otra cosa, de tal

manera, ciegan las pasiones en política, que cuando el mismo D. Santiago Méndez ofrece el dominio y soberanía de Yucatan á las naciones extranjeras, ninguno habla; pero cuando resuelve entregar la situacion á Barbachano, entónces el Lic. Nicolin se resiste á autorizar como Secretario el decreto correspondiente, así como D. Pantaleon Barrera se niega á redactar la proclama á que nos hemos referido.

Empero, la justicia histórica no es como la columna del desierto, luz para una parte, y tinieblas para la otra, lo cual nos obliga, cumpliendo con nuestra sagrada mision á dar á cada cual lo que le pertenece. Si hemos condenado á D. Santiago Méndez, porque como hemos dicho, representó de grado ó por fuerza desde 1840, los intereses de su ciudad natal, cubriendo con su sombra el espíritu de localismo mal entendido que tan amargos frutos produjo á Yucatan, si le hemos reprobado el haber proclamado la neutralidad por las razones que varias veces hemos expuesto, y lo hemos defendido desde Octubre de 1847, hasta Marzo de 1848, la recta imparcialidad nos exige tambien hacer lo mismo con su rival, despues de haberle aplicado el rigor de las circunstancias, al tratar de su conducta en las discordias civiles que precipitaron los acontecimientos de la guerra de bárbaros en el país. Si Don Santiago Méndez, abrió los ojos y conoció el abismo que amenazaba á todo el Estado, desde los horribles asesinatos cometidos en Tixcacalcupul, Barbachano desde que derrama amargas lágrimas en Tekax, al saber la desocupacion de Valladolid, es un hombre de corazon que llora sobre las ruinas de su patria los males que le ha causado: es un héroe, un hombre que se propone reparar esos males cuando relajados en lo absoluto los vínculos sociales, se hace cargo del Gobierno en medio del estruendo de las armas; y allá en el mismo Tekax en donde lloró, formada la division de operaciones á las cinco de la tarde, en los cuatro ángulos de la plaza, frente ó al pié de la hermosa y verde cordillera que ciñe la ciudad, se presenta á nuestros Guardias Nacionales á quienes dice, con aquella arrogante figura y el semblante embellecido por el do-

lor. "Valientes soldados, en nombre de la patria que agoniza os dirijo la palabra, pidiendoos como á buenos hijos la salvacion de la península." La patética entonacion con que se explicó, la hora del crepúsculo que derramaba ya sus tintes sombríos sobre la ciudad consternada, el imponente aspecto de la cordillera, el silencio profundo que guarda la tropa al escuchar que se han perdido casi todos los pueblos del Estado, los grupos de emigrados, contemplando aquel espectáculo, los generosos sentimientos, en fin, que encierran aquellas palabras. "No existe mas que nuestra hermosa Capital; pero de la cual saldrán, yo os lo ofrezco valientes Guardias Nacionales, los recursos necesarios para salvarnos" todo esto forma uno de los episodios mas interesantes y dramáticos en la vida política de Barbachano.

Y mas todavia, hombres de accion y de valor sus partidarios, si ellos fueron los que mas precipitaron los acontecimientos, ellos tambien fueron las figuras mas colosales en la guerra. El valiente Molas, no tan pronto vé amenazado Valladolid, cuando organiza una fuerza con el nombre de seccion auxiliadora de Tizimin, con la cual hace prodigios de valor en Tikuch, se bate en Tixcancal y Pocoboch, salva á innumerables familias en Rio-Lagartos, y con la misma concurre á la defensa de Izamal: el magnánimo Pasos permanece imperturbable en medio de la ruina y del incendio general del país, sin haber cedido á los indios un solo pedazo de terreno en los pueblos de Hocabá, Homun, Hoctun, Cusamá y Zavala, que se salvaron al mismo tiempo que Huhi, su vanguardia inexpugnable, debido todo á sus acertadas disposiciones y á su valor: Cetina y Gonzalez se baten heroicamente en Ticul, y por último, el bravo Méndez, con las tropas del Oriente, despues de la desocupacion de Izamal, se sostiene como soberbio centinela de la Capital en Cacalchen, desde cuyo punto habia de tener la gloria de iniciar la restauracion.

No seremos por esta causa, quienes prolonguen la responsabilidad de Barbachano y sus partidarios hasta el grado de creer, como algunos creen, que los tratados celebrados en

Tzuheacab no fueron otra cosa mas que un pacto servil é ignominioso para hacerse del poder, designando al cura Vela como agente de aquella maquinacion. Fúndanse los que así se explican en el artículo 5º. de dichos tratados, en el cual se estableció, que en atencion á que el mismo Barbachano era el único que podia garantizar el cumplimiento de lo pactado, se le reconocia como Gobernador del Estado, durante su vida, en la inteligencia de que si se le odiase, son las palabras textuales del artículo, los mismos pueblos cuidarian que no fuese removido de su destino, por haber sido ésta la causa de la guerra. Agregan algunos tambien, en prueba de ésto, que el cura Vela no solo fué quien hizo esta proposicion, sino que escribió á D. Santiago Méndez, diciéndole que solo podia arreglarse alguna cosa, entregando la situacion á su rival.

Pruebas son estas sin embargo, que se pueden desvanecer de la manera mas victoriosa que se pueda dar. En primer lugar, mucho antes de que el cura Vela fuese á Tzuheacab, habia sido invitado Barbachano varias veces por D. Santiago Méndez para que se hiciera cargo del Gobierno, hasta el grado de haberse acordado con fecha 18 de Marzo en Tekax, que se dirigiera á los caudillos sublevados con el carácter de Gobernador. En segundo lugar, aun cuando hubiese hecho semejante proposicion, nada extraño era que la hiciera cuando con eso solo procuraba acomodarse á los deseos emitidos por los indios, de buena ó mala fé no solo en Peto sino en Sotuta, no solo en Sotuta sino en Valladolid por el camino de Tikuch, lo cual habia servido de motivo á D. Santiago Méndez, para proceder como procedió. En tercero y último lugar, cuando emprendió su arriesgada peregrinacion á Tzuheacab, tres semanas hacia que Barbachano estaba en la Capital, y no podia decirse que se hubiesen puesto de acuerdo, no solo porque no habia necesidad supuesto que estaba ya al frente de la situacion, sino porque su salida fué violenta, es decir, no tan pronto consiguió que Jacinto Pat bajara de Tihosuco con el objeto de tratar con él.

Convenimos en que los tratados referidos fueron una cosa indecorosa para el Estado; ¿pero lo habrán sido mas que aquellas comunicaciones oficiales, en que antes se ofreció el dominio y la soberanía absoluta de Yucatan, á las naciones extranjeras? De seguro es que no lo fueron, y eso que habia la diferencia de que D. Santiago Méndez y Barbachano, lo hicieron á larga distancia de los indios, miéntras que el cura Vela celebró los tratados con grave riesgo de su vida en Tzuhecacab, á donde habia llegado, atravezando por en medio de innumerables grupos sospechosos, en uno de los cuales contó el cura Ancona, hasta quinientos cuarenta y nueve indios armados de fusil y de machete, y en donde por último, no pudo entregarse tranquilamente al sueño segun su diario, porque los que ocupaban de Norte á Sur el pueblo se quisieron insurreccionar, con cuyo motivo tuvo que salir Jacinto Pat á las doce de la noche á contenerlos. ¿Qué de extraño es entónces, en vista de esto, y que no teniendo mas punto de partida que el que hemos indicado, les hubiese dicho que D. Miguel Barbachano, aquel á quien proclamaban para ponerse al frente del Gobierno, como el único que podia garantizarles el cumplimiento de lo que se estipulara, estaba ya en el ejercicio de sus altas funciones, así como que para inspirarles mas confianza, les añadiese que no seria removido de ellas durante su vida, por haber sido esta la causa de la guerra, siempre con el objeto de halagarlos?

Nada extraño á la verdad, nos parece que hubiese procedido de este modo, mucho mas cuando debe considerarse que los tratados de que nos hemos ocupado, se aceptaban únicamente como un recurso extraordinario, al mismo tiempo que transitorio, mientras con mas desahogo se podia afrontar la situacion en el Oriente. No seamos ingratos pues, con un sacerdote como el cura Vela, atribuyéndole diferentes miras en su mision, cuando tuvo la virtud de conducirse de un modo bien diferente de ciertos hombres de espada que emigraban de su patria en ese tiempo, cuando estando ya casi desiertos los pueblos del interior, cuando nuestras tro-

pas despavoridas, ó se insurreccionaban contra sus jefes, ó se desertaban de sus filas, él por el contrario, en medio del estruendo de las armas, sitiado Tekax, perdido Valladolid, palpitante todavia el recuerdo de los sucesos ocurridos en Halal, hacia su entrada en Tzuhecacab, contemplando el espectáculo de mas de tres mil indios formados en la plaza, á quienes al siguiente dia predicándoles como un verdadero apóstol despues del agosto sacrificio de la misa, les decia. *Ego cogito, cogitaciones pacis sed non afflictionis.* Yo me ocupo de los pensamientos de la paz, pero, no de los de la afliccion ó la discordia. No seamos injustos con él, cuando abandonado Tekax por nuestras tropas, y cuando era mas inminente el peligro que corria, tiene el valor suficiente para no abandonar su mision, concluida la cual, verifica su regreso, haciendo su entrada en la ciudad abandonada, siempre atravezando por en medio de una turba insolente y soberbia que ébria de odio y de vino, así entoña cánticos guerreros, como dirige frases provocativas contra la raza blanca. ¿No es en efecto un personaje de interes dramático en las páginas de nuestra historia contemporánea, cuando se apea de su caballo en las puertas del templo de Tekax y eleva una sentida plegaria al Eterno, como el ángel de la paz y de la concordia en medio de aquel espectáculo tremendo de ruina y destruccion?

Tampoco seamos injustos con Barbachano, al ménos durante el peligro que corrimos; porque si es verdad que fué culpable, tambien es cierto que sirvió con abnegacion. Talvez se diga que incurrimos en contradicciones al alabar ó condenar alternativamente á los dos personajes mas insignes de esta publicacion, pero no es así. La historia tiene momentos en que castiga, así como tambien momentos en que premia; pues si el historiador debe decir lo malo oportunamente, tambien debe decir lo bueno cuando convenga. ¿Qué seria de la verdad histórica si por haber cometido defectos uno y otro, no se tomaran en cuenta á D. Santiago Méndez, ni sus esfuerzos por restablecer la paz, ni el sacrificio de su reputacion que quedaba comprometida, ni su magnánimo despren-

dimiento al ceder el Gobierno á su rival, ni mucho ménos la generosidad con que lo verificó? ¿Qué sería de la verdad histórica, si por igual motivo tampoco se tomaran en cuenta á Barbachano, su heroica decision, sus lágrimas generosas, sus palabras elocuentes, su actividad prodigiosa en fin? Acaso alguna vez con hechos parecidos á los de que fué culpable en Octubre de 1847, haga pesar más en la balanza de su vida política los hechos malos que los buenos, con cuyo motivo al volver á pronunciar nuestro fallo respecto de él, tengamos que usar de nuestra misma severidad, pero mientras, ahora tenemos que hacerle cumplida justicia conforme á las reglas de la equidad.

Mas todo cuanto hemos referido con relacion á la conducta de los dos partidos contendientes, nos lleva á deducir una importante consecuencia que por mas que algo ceda en desdoro del heroismo con que algunos hombres distinguidos se portaron en la campaña, sagrada obligacion tenemos en deducirla, no solo porque así lo exigen las reglas de la sana crítica, sino porque ella confirmará una vez mas á nuestros lectores lo que hemos dicho en otra parte, respecto de la influencia de la guerra civil en la social, y es que la pérdida de casi todos nuestros pueblos, la conflagracion de 1848, no fué el producto de un valor acreditado por parte de los indios, ni mucho menos de un supremo esfuerzo, porque casi no necesitaban ni de lo uno, pero ni de lo otro.

Fugitivos en los bosques, mas allá de Tepich en Setiembre de 1847, si una gran parte de las tropas que guarnecian á Tihosuco, á las órdenes de los Tenientes Coroneles Oliver y Heredia, no hubieran sido distraidas para combatir á Cetina en Sucila, no se hubieran atrevido á invadir Tixcacalcupul. Temerosos de aproximarse á Tihosuco, porque de allí salian las numerosas secciones que los perseguian, no hubieran reducido á cenizas la comarca, ni hubieran sitiado poco despues el mismo punto, si D. Miguel Bolio no lo hubiera abandonado para perseguir á los pronunciados de Oitnup y Kankabchen. Tampoco se hubiesen perdido Saban,

Sacalaca, Ichmul, Chikinoonot y una parte de las inmediaciones de la villa de Peto, si la guerra civil no se hubiera encarnizado tanto desde el 6 de Octubre, hasta despues del combate de Valladolid. Del mismo modo, Yaxcabá y Sotuta no hubieran sucumbido, como sucumbieron, si no hubiera sido la rivalidad que existía entre uno y otro, fomentada por el espíritu de partido.

Pues bien, esto por una parte, y por otra la desmoralizacion que causó á nuestros Guardias Nacionales la súbita desaparicion de tantos pueblos, unido todo á la duda en que estaban muchos de si era una guerra social, ó meramente política la que hacian los indios, vino á dar por resultado la catástrofe que se sufrió, habiendo sido pocos por esta causa, los hechos de armas que pueden honrar al país.

Consuela sin duda alguna, ver los esfuerzos que se hicieron en Ichmul, batiendo sin cesar á los bárbaros en sus atrincheramientos, y saliendo, pocos dias despues su heroica guaricion, salvando no tan solo á sus heridos, sino hasta á San Bernardino de Sena, patrono de dicho pueblo; pero desconsueta y avergüenza la desocupacion de Peto. Consuela ver al Capitan Pérez, avanzar con solo un puñado de gente á Sacucil, en medio de la general consternacion que reinaba en los pueblos de la Sierra; pero desconsueta demasiado el cobarde abandono que se hizo de Becanchen. Consuela recordar la magnánima defensa que hizo el Capitan Pacheco en Tixcacaltuyú; pero no puede ménos que sentirse una profunda indignacion al saberse el modo con que fué desocupado Yaxcabá. Se siente un placer indefinible al tener presente la heroica defensa de Chacenote; pero al mismo tiempo ruboriza el injustificable abandono del partido de los Chenes. Se inunda el corazon de un entusiasmo generoso al ver la serenidad con que Gonzalez emprende su marcha repetidas ocasiones de Sacalum, para auxiliar á las tropas sitiadas en Ticul, unas veces introduciendo víveres, otras sacando heridos para llevar á la Capital, todo esto, siempre batiendo con éxito favorable á los sublevados; pero no produce el mismo efecto la